

No sabemos pensar ⁽¹⁾

En nuestro número de Noviembre, del año pasado, decíamos, al referirnos a los métodos de enseñanza latino-americanos, lo que en seguida copiamos: «La reforma instruccionalista demanda dos cosas esenciales: enseñar a los alumnos a pensar, a concretarse al asunto de que se trate, desde la escuela de primeras letras; y la enseñanza de un rico vocabulario, con la previa explicación del significado de las palabras». Con sumo agrado hallamos ahora en la importante Revista «Nosotros», de Buenos Aires, el artículo que aquí reproducimos y en el cual se estudia este mismo tema, admirablemente. Nos complace ver que escritores de nota laboran en el mismo sentido en que de una manera más modesta laboramos nosotros. «El Marconigramas»-Vol. I-Nº. 12. Londres Septiembre 1917.

Así como es práctica saludable recogerse cada noche en sí mismo para meditar sobre los minutos salientes de nuestro día, no lo es menos la de hacer, de vez en cuando, un alto en nuestro vivir fluyente y dando vuelta la cara hacia el pasado, sintetizar en una sola impresión la trayectoria de nuestra vida. Casi siempre es en esos momentos de recapitulación y de balance cuando caemos en la cuenta de todo el tiempo disipado por haber carecido de una visión más clara de las cosas. Oh, *si jeunesse savait*... Entonces, nuestro «fondo in-sobornable» antes aquietado y como ensombrecido, se despierta y grita su decepción. Es la suya una decepción semejante

(1) Con íntima satisfacción y por rendir justicia al mérito, nos complace en reproducir el artículo que sigue aparecido en «Nosotros», hace algunos meses y que una revista importantísima londinense, «El Marconigramas», transcribe íntegro con una nota preliminar elogiosa para nuestro compañero Carmelo M. Bonet, recientemente egresado de la casa y cuyo talento literario, ya reconocido, desde hace tiempo, por nosotros, está dando sazonados frutos que honran a nuestro país, a nuestra facultad y también a «Verbum» que consiguió alcanzar, bajo la dirección de Bonet, un lugar premiuente entre todas las publicaciones similares del país.

(N. de D.)

a la del chicleo que trepa con avidez fatigosa por el tronco de un árbol en procura de un nido poblado, y llega a sus alcances y lo encuentra vacío.

Esta decepción la conoce todo aquel que se ha nutrido años y años de nuestra ciencia oficial y se detiene un día a pensar sobre el fruto de esfuerzo tan sostenido. ¿Qué sedimento ha dejado en su espíritu tanta lectura superpuesta? He aquí lo que observa: un montón de palabras danzando en la memoria, saber libresco pegado con saliva, y un intelecto tardo, seco, falto de vuelo imaginativo; y esto porque sus educadores, desde la escuela primaria hasta la universidad, se curaron poco de flexibilizarlo mediante una gimnasia sistemática.

En la escuela primaria, a pesar del traído y llevado Pestalozzi y de esa larga serie de pedagogos cuyos nombres conocen, en vísperas de examen, las normalistas, — pedagogos que, en mayoría sugerente, anteponen la educación a la instrucción — se atiborra la cabeceita de los chicos de ciencia palabarrera. Aceptemos el que sea lícito aprovechar para el acopio de información esa época primeriza de la vida en que la memoria es más prehensil y el sensorio más impresionable. Pasemos por alto los excesos de la enseñanza memorista y el descuido del razonamiento elemental. Pero es que las cosas no cambian en nuestras escuelas con la madurez del entendimiento. Al contrario, el sistema negativo de llenar de baratijas la memoria y de mantener, a la par, sin un ejercicio correlativo, las aptitudes superiores del espíritu, llega en la enseñanza media a su apogeo. En ella, el alumno mejor, es decir, el de más altas notas, no es el que observa la realidad con atención más amorosa, ni el que discierne con mayor limpieza, ni el que discurre con mayor soltura, sino el que retiene más datos y los repite con mayor fidelidad. La personalidad naciente del estudiante, metida dentro de los programas como dentro de una jaula, y sometida al dogmatismo del profesor y de su librito, se atrofia y se adocena. El alumno se habitúa pronto y gustosamente a esta situación de servilismo mental, pues resulta más cómodo para su natural perezoso el aceptar y repetir como letra santa los conceptos que le dan ya preparados y listos para su uso, que repensarlos y exponerlos a su manera. ¿Se suscita una duda? Ahí está el profesor, ahí está el librito.

Todo antes que investigar por sí mismo, o cavar en la propia mina. ¿Y qué resulta? Resulta que sale el adolescente de la escuela, repleta la mochila de palabras: nombres, fechas, reglas, fórmulas, teorías, y que, a poco andar, como si fueran gorriones libertados, vuelan y se pierden en el vacío, teorías, fórmulas, fechas y nombres. La erudición pegada con saliva se va despegando y el intelecto queda, al final, como si le hubieran pasado una esponja. Y el hombrecito y la mujercita, puestos frente a la vida, advierten sorprendidos cómo son de torpes las actividades de su espíritu, lejos del librito y del maestro. Se encuentran en la situación embarazosa del que aprende a nadar y le sacan de pronto las vejigas o las calabazas. Quieren pensar y sienten una indecible dificultad para la coordinación lógica de las ideas. Y si desean expresar el resultado de su elaboración mental por medio de la palabra escrita o hablada, trasudan para no conseguir a la postre más que una frase coja, imprecisa, descolorida, si no incorrecta. Las palabras dominan su pensamiento, en lugar de acontecer lo contrario.

En definitiva tenemos esto: el bachiller común, — lo mismo la maestra normal, — no sabe pensar, no sabe escribir, no sabe hablar, con toda esa ingente copia de ciencia que le han hecho engullir en forma de bolillas. La razón es muy simple: la enseñanza ha sido excesivamente teórica y medioeremente educativa. No sabe pensar, pensar con claridad y, si es posible, con hondura, arte superior que sólo se aprende pensando, porque todo se lo transmitieron pensado. No sabe escribir ni sabe hablar porque faltó ejercitación metódica tanto como sobraron reglas de gramática y de preceptiva literaria.

El mal no es irremediable, puede argüirse, si lo más lucido de la república estudiantil recupera el tiempo malogrado en la escuela media, pasando por las aulas universitarias, lugares propicios a Minerva y donde sus cultores aplican normas pedagógicas de importación garantida. Sin embargo, si vamos a juzgar, como quiere el versículo del evangelio, al árbol por sus frutos, la universidad no sólo es incapaz de enderezar el producto torcido que le viene desde la escuela primaria sino que remacha el clavo, incurriendo en los mismos errores de enseñanza.

La universidad, desde el principio, ejerce sobre el estudiante una presión que achica la amplitud natural de su espíritu. Esta tiranía, mansa tiranía, apenas perceptible, como el roce de nuestros vestidos, se realiza, lo mismo que en la escuela secundaria, por tres instrumentos inquisitoriales: el Libro, el programa, el profesor.

El Libro, así, con mayúscula, abre sus tapas y como las enormes mandíbulas que embaularon al profeta Jonás, se apodera del neófito y cuando lo suelta suele salir éste convertido en un ente adulterado, neurasténico y harto de la letra impresa. Y es que no se estudia con amor; no se chupa en los libros la savia acumulada de los siglos para apacentar la curiosidad siempre surgente de nuestra naturaleza, sino para contestar preguntas herméticas de un programa.

La lectura, comercio sabroso con los espíritus más finos, se convierte en el estudiante en una cacería disciplente y bostezada a través de índices y capítulos dispersos, en la cual el gazapo perseguido es un dato, una teoría, una doctrina que responda a la preguntita del programa.

Y el programa en lugar de ser para el caminante todavía inexperto un indicador que gradualmente lo conduzca hacia la verdad, no es otra cosa sino un corsé que le aprieta el espíritu. Pocas veces están hechos los programas sin pedantería académica y con un criterio pedagógico. Los hay frondosos, digresivos, detallistas o, a la inversa, de tal manera prensados que se reducen a unas pocas líneas, algunas veces de fondo tan sibilino que la más paciente hermenéutica no descifraría sin la clave que el profesor va dejando a descubierto, poco a poco, en sus conferencias de clase.

En cuanto al profesor... suele ignorar esta sencilla máxima de la sabiduría antigua: *licet sapere sine pompa*. Por eso, desde la altura de su estrado ve a sus pasivos oyentes como a través de un anteojo dado vuelta: lejanos y pequeñitos. Para él el estudiante no tiene beligerancia, ni ha adquirido el derecho de poseer una opinión personal. Ante un asunto cualquiera no lo interrogará con el objeto de que piense y le trasmita «su» opinión, sino con el objeto de que «recuerde» y repita la opinión de un autor de familiaridad común. Repetir, repetir, esa es la consigna. La enseñanza aquí, como en la es-

cuela secundaria, se reduce, pues, a un simple reflejo de ciencia ajena sin tamización interior. Primero habla el profesor, repitiendo lo que ha leído, y exige luego del estudiante esa misma repetición. Sócrates, más humilde, hacía hablar primero a sus discípulos, a fin de ejercitarlos, y sólo después hablaba él.

De esta apretada cota formada por el Libro, el programa y el profesor, solamente aquellos dotados por naturaleza de una individualidad vigorosa o insubordinada consiguen salvar el espíritu más o menos íntegro.

El sistema tiene un trasunto sintético en la tesis universitaria, la cual, en la mayor parte de los casos, no es más que un conglomerado de opiniones ajenas. Incapaz el estudiante, por falta de ejercicio sistemático, de pensar por sí mismo sobre el problema elegido, se limita a transcribir opiniones de autores consagrados, de las cuales hace suya la que se le antoja mejor. Su tesis no es una segregación de su espíritu, sino simplemente un libro-eco, una producción redundante, un plato recalentado, un pequeño edificio con sus andamios a la vista.

Esto no importaría mayormente si no fuera que nuestro universitario, si es que da en la flor de fatigar las prensas, no ajustara su producción ulterior a este tipo de libro-reflejo, como efectivamente acontece. Basta un ligero examen de nuestra industria bibliográfica para convencerse de ello. Son contadísimos los libros «vivos», hechos a base de observación exterior e interior y donde la erudición, como los condimentos, se note, pero no se vea. En cambio, abundan los libros secos, libros de libros, sin un rasgo original, escritos sin dolor, y por eso, contradictorios, insinceros, superficiales, libros mosaicos, escaparates de una erudición externa y pedantesca, destinados a no vivir más tiempo que el papel que los soporta.

Algunos profesores que tienen valeidades de educación alemana, han puesto de moda la cita profusa, la erudición descubierta, y para ellos quien no cita no sabe. El público grueso se asombra ante esos mazacotes documentados e imponentes, de lectura imposible, y el autor cobra fama de hombre superior. Pero no hay que engañarse: todo «eso» envejece en seguida. Los autores o se pierden totalmente en el olvido, o dejan un nombre, nada más, en la historia del pensamiento. A la in-

versa, la obra fresca, espontánea, libre, sincera, sin tufos de biblioteca, — recuérdese «Facundo» o «Juvenilia», — perdura y lleva sobre su lomo el nombre del autor a través de las edades.

Siempre ha sido lo mismo: de Varrón, el más insigne erudito de la antigüedad latina, no recordamos sino el nombre y ningún estímulo nos conduce hacia su obra. En cambio, hombres sin una nutrición mayor de ciencias y de letras, como Catulo, siguen viviendo en compañía de su obra porque al impregnarla de su substancia humana le transmitieron frescura perenne.

Si uno se fija un poco notará que los más grandes libros humanos carecen de erudición externa. Es típico el caso de Epicuro quien jamás, se dice, usó de una cita ajena en los trescientos volúmenes que compuso. Y es que un cerebro habituado a pensar convierte el fruto de sus lecturas en erudición interna, consustanciada, repensando las ideas ajenas, las cuales vuelven a la circulación ya distintas, pues al repensarlas las ha saturado de su propia substancia. El polen se ha convertido en miel.

Eso, la licuificación de las ideas, es lo que importa y no la página del libro donde han posado un momento como descansando de su vida errátil y eterno vagabundeo por el mundo de los espíritus.

Resumen: no sabemos pensar y no por incapacidad étnica, pues que somos europeos trasplantados, sino porque nuestra enseñanza informa, pero no educa. Hace de nosotros recipientes pasivos de la ciencia oficial, verbalista y pretenciosa, fonógrafos andantes, inteligencias adocenadas y serviles.

Por algo será y no por mera coincidencia que la mayor parte de los claros varones con que ha contado y cuenta la república, han sido autodidactas, hombres que trazaron su propia senda al margen de las «disciplinas» universitarias.

Carmelo M. Bonet.